



# GRAMSCI Y LA IZQUIERDA EUROPEA

*Peter GLOTZ*

«**E** stúpido, intelectual y a la vez inmaduro», el contrahecho y pequeño sardo podía ser duro y polémico. Estaba enojado con sus compañeros, quienes por aquel entonces, en torno a 1920, cuando socialistas y comunistas se escindieron en Italia, eran, por supuesto, rigurosamente anticlericales. Gramsci, periodista del *Grido del popolo*, había dado refugio y prometido ayuda a cuatro objetores de conciencia de creencias católicas ortodoxas. El, como decía a sus camaradas, no iba a la iglesia, pero prefería esos católicos opuestos a la guerra antes que a los burgueses ateos.

Siempre se mantuvo en búsqueda de alianzas por encima de su propio partido, más allá de la clase obrera. En abril de 1921, sin duda a espaldas de Bordiga, su dogmático jefe de partido, intentó entrar en contacto con d'Annunzio para llegar a los desarraigados veteranos de guerra que se agrupaban en torno a este creador y héroe popular. A la vista de la toma del poder por los fascistas en Octubre de 1922 tanteó el ala obrera del «Partito popolare», predecesor de la Democrazia Cristiana. Pero ya era demasiado tarde. Mussolini accedió al poder. Gramsci partió hacia Moscú como hombre de enlace con la Internacional y ya no regresaría a la polí-

Su descubrimiento central fue el de los «organismos civiles». Conocía bien el poder de coerción del Estado de su tiempo. En 1920 había sido jefe de la gran huelga de Turín; sin embargo, tras las «trincheras avanzadas» del Estado, vio las «obras de fortificación» de la sociedad. Vio la prensa, las bibliotecas, las escuelas, los distintos círculos y clubs. Sabía que el «sentido cotidiano» de las personas quedaba marcado cuando se le daba a una calle el nombre de un político burgués o socialista. Fue el primer marxista que se ocupó de la cultura de masas, el primero en el que aparecen los términos tiempo libre, deporte, y cultura, así como en analizar los mitos de su sociedad, la literatura popular católica, el folclore campesino o incluso el *Proletkult* (\*) obrero. Si aún viviese hoy se cuestionaría cómo el *punk* procede de la juventud proletaria (y cómo es transformado por la industria cultural en un *punk* noble). Quizá abordase la cuestión de por qué tan a menudo las crisis económicas *no* conducen precisamente a un desplazamiento hacia la izquierda. Pero Gramsci está muerto desde hace ya medio siglo.

Gramsci desarrolló en su análisis de los problemas particulares del sur agrario italiano, es decir, del problema de una alianza entre proletariado industrial y campesinado, dos conceptos que pueden cobrar una significación decisiva para los conflictos sociales de los años ochenta: los conceptos de «hegemonía» y de «bloque histórico». Estos conceptos son vitales para la izquierda europea por dos motivos: porque en ningún país de Europa occidental existe una organización o fuerza política lo suficientemente robusta como para limitar de una forma constante o quebrar el poder de la derecha, y porque los movimientos obreros ni en los años ochenta del siglo XX ni en la gran crisis de los años treinta pueden superponerse a cursos económicos inevitables o al fin del ciclo histórico de la burguesía. Con éllo, la acentuación de Gramsci del momento ético-político en la Historia, su crítica al economicismo del movimiento obrero de su época, es decir, lo que muchos marxistas entienden como un retroceso a Hegel, se convierte en una fórmula deflagradora en los conflictos sociales actuales.

El punto de partida de Gramsci lo constituyó —a finales de los años veinte— una hegemonía en desmoronamiento de la burguesía italiana. Si no queremos llamarnos a engaño hemos de constatar hoy en día justamente lo contrario en casi todas las sociedades industriales de Occidente. El hecho es que nos encontramos en el final de una «onda larga», de una tendencia secular de desarrollo económico. Las cifras muestran que a finales de los años ochenta vivimos una difícil crisis financiera internacional (con toda una serie de países en vías de desarrollo endeudados casi sin remedio) y en la más grave crisis de empleo desde comienzos de los años treinta

(con decenas de millones de desempleados en los países de la OCDE). ¿Cuáles son las consecuencias políticas de esta crisis? Una ofensiva de la derecha con éxitos espectaculares en algunos de los países centrales de Occidente: EEUU, Gran Bretaña, La República Federal alemana, Japón y Francia. ¿Qué hace la izquierda para adaptarse a ese desarrollo?

Sucede como en un manual ilustrado del marxismo: la rentabilidad del capital invertido disminuye, las inversiones reales retroceden. Con el estancamiento de los mercados muchas empresas se concentran en la innovación de procesos en vez de innovar la producción. En lugar de en maquinaria o en nuevas edificaciones muchos colocan su dinero en bonos del Tesoro. El negocio crediticio internacional se reorganiza, el endeudamiento de empresas y Estados de los países en desarrollo crece en un sistema de bancos transnacionales hasta el punto de ebullición. Castro ha organizado ya la conferencia en que debe plantearse ese elemento bullente. Tan sólo existen dos salidas para esta crisis: una mayor austeridad o un nuevo brote de la inflación a escala mundial. ¿Y qué ocurre con la izquierda? Las elecciones las gana una derecha que ha puesto el grito en el cielo por un cinco por ciento de inflación, pero que, sin embargo, declara sin pestañear como desgraciadamente inevitable un desempleo del diez por ciento. ¿Es posible que sea de nuevo el momento de criticar en el falso economicismo de los movimientos obreros una ceguera entendida equivocadamente como «realismo»?

Hay que imaginarse —con las categorías de Antonio Gramsci en la mente— lo que acontece en la vida de un joven trabajador o empleado cuyos padres han pertenecido a los sectores estables, desde el punto de vista ocupacional de la sociedad industrial y que ahora se ve expulsado a su periferia. Naturalmente, el desempleado o quien se encuentra permanentemente bajo la amenaza del desempleo y la pauperización se ve impulsado contra el bloque en el gobierno. Esto no tiene por qué significar, sin embargo, que se movilice políticamente. La miseria antes desmoraliza que moviliza. Pero ese desempleado cae fuera de las «capas protectoras» que el estamento hegemónico dirigente organiza en torno suyo. ¿Qué ocurre entonces con la familia joven cuyos (dos) sustentadores ya no pueden ingresar en los núcleos laborales, es decir, en el cuadro indispensable y de hecho no susceptible de despido de ramos de la industria, al abrigo de despidos o en los puestos de plantilla de la administración pública, pero que, sin embargo, —aunque de forma insegura— aún pueden ganarse a vida? ¿Qué ocurre, pues, con personas contratadas por tiempo limitado o en trabajos por horas y que, por consiguiente, pueden conseguir tan sólo una escasa jubilación pero, aún así, no han sido totalmente excluidas? ¿Alcanzará la izquierda, tal y como está hoy organizada, tal y como se presenta hoy en los medios de comunicación, a esas personas? ¿O se ha convertido más bien el aparato de televisión adquirido a plazos junto

con el de video en una máquina ideológica de diálisis que renueva constantemente la sangre del paciente conectado a ella?

Naturalmente, si la crisis financiera (internacional) llevase a un colapso, si se aniquilasen los ahorros de las clases medias o si el desempleo ascendiese hasta un veinte por ciento el cielo se derrumbaría. ¿Pero qué ocurrirá si todo esto no tiene lugar (lo que es probable y todos debemos desear)? ¿Y si el Banco Mundial, los fondos internacionales de divisas y la nueva gestión financiera internacional funcionan en alguna medida? ¿Qué sucederá con la hegemonía cultural en la sociedad de los dos tercios (\*\*)?

El problema que se plantea aquí es el de la diferenciación, cada vez destacada con mayor claridad, en la estructura de intereses de los trabajadores con empleo. Es cierto que el especialista en mantenimiento es un «asalariado» en la misma medida que el directivo de la EDV, el operador de maquinaria, la secretaria y el obrero en la sección de embalaje. Sus intereses concretos en el puesto de trabajo son, sin embargo, en la mayoría de los casos distintos. Esos intereses contrapuestos pueden mostrarse tanto en la introducción de nuevas técnicas como en el debate sobre la estructura del sistema salarial, en la articulación de la empresa en unidades de trabajo o en el empleo del tiempo libre. Con la famosa sentencia «todos navegamos en el mismo barco» no pueden franquearse sin más las diferencias de posición en la clase obrera.

La única posibilidad para la superación de este desafío cada vez más agudo al movimiento obrero es una concepción más compleja de los intereses. Los sindicatos, dicen sus críticos en el lenguaje cotidiano, reclaman (descaradamente) un «mandato político». ¿Pero qué les resta, si los intereses concretos de sus miembros con respecto a los puestos de trabajo son contrapuestos? ¿No debe darse prioridad a «intereses» más a largo plazo, más complejos y comunes como los del desarme, la modernización ecológica o la igualdad de la mujer? Es cierto que en *La sagrada familia* puede leerse: «La idea queda en ridículo siempre que se diferencia de los intereses». Ello no exime al «movimiento social» de hoy de la tarea de lograr conformar un «bloque histórico» necesario mediante un acto político consciente, mediante «la política como proceso productivo», mediante una «labor de agudización» que no esté predeterminada por un masivo y exclusivo interés económico, es decir, por «intereses» que se canjeen por «ideas». ¿Se hace ahora evidente por qué Antonio Gramsci cobra semejante actualidad?

«El» movimiento social de hoy —yo prefiero decir: la izquierda— ha de tener presente, contrariamente a como lo había pronosticado Marx, que el desarrollo capitalista no ha creado en absoluto por sí mismo las condiciones para una regulación socialista de la vida económica. La teoría que pronosticaba un progresivo empobreci-

miento de ciertas capas suponía, como ya lo demostró Bernstein hace casi noventa años, una minusvaloración de la capacidad de organización con que cuenta la burguesía. Brutalmente expresado esto quiere decir que el capitalismo, en las zonas industrializadas de Occidente, está en situación de ofrecer a una masa considerable de trabajadores condiciones materiales de vida que los sindicatos y los partidos de izquierda no pueden superar, aunque ello ocurre ciertamente a costa de la estamentación, el constreñimiento y la pauperización de una considerable minoría. El tema de concurso para los marxistas reza, por tanto: ¿cómo se construye un «bloque histórico» que abarque a esa minoría empobrecida o amenazada de pauperización así como a una parte considerable de los «privilegiados», es decir, a sectores materialmente satisfechos?

Siempre hablo de la izquierda europea. La cuestión sencillamente es: ¿existe realmente ese muñeco de nieve? ¿Existe el Yeti o no existe? ¿Pueden los socialistas franceses y los social-demócratas alemanes coincidir sobre los Pershing o malgastan sus energías con brigadas simbólicamente mixtas? ¿Colaboran la IG Metall alemana y la CGIL italiana en una política común para la reducción del tiempo de trabajo y la flexibilización o se limitan a ritualizados y rígidos gestos de solidaridad? ¿Se está iniciando verdaderamente un diálogo político entre los «grandes intelectuales» de la izquierda? ¿Responde Régis Debray a las tesis de Jürgen Habermas? ¿Lee la izquierda alemana *Marxism today*, la publicación marxista más abierta de Europa? ¿Se dejan atraer los franceses por el visionario pensador Antonio Gramsci o se sienten sobrecargados con Nietzsche y Heidegger?

La empresa electrónica americana IBM tiene una hija alemana. La SEL está asociada con los franceses. Fiat vende en Alemania, BMW vende en Italia. Philips (Eindhoven) y Siemens (Munich) desarrollan conjuntamente el «Proyecto Submicron»: *chips* aún más diminutos. La industria alemana de maquinaria tiene contactos a nivel mundial. La Unión de Partidos Socialdemócratas de Europa o la Unión de Sindicatos Europeos son más bien señas que organizaciones. El movimiento obrero formó filas bajo la bandera del internacionalismo. Hoy en día el mundo de los negocios es internacionalista y la izquierda está encapsulada nacionalmente.

La economía ha comprendido desde hace ya tiempo que el viejo principio «local for local» se ha hecho obsoleto. La política, sin embargo, no puede separarse todavía de su «local for local», de la decrepita ideología del Estado nacional. Los nacional-conservadores alemanes señalan con destellos de triunfo en los ojos a los franceses: contemplad su «conciencia nacional». *Sorry*, Sr. Dregger, incluso nuestros queridos vecinos no están a veces completamente *up to date*.

El malestar de la izquierda en Europa consiste ante todo en su incapacidad para la europeización de la política. Si la derecha tolera aún en sus lindes a conservadores que sueñan con la identidad entre Estado y nación, eso es inofensivo. La derecha actual cumple su programa (a veces aún impronunciado) precisamente cuando *no* gobierna, cuando deja a los procesos económicos seguir su curso. Para la izquierda semejante ignorancia es mortal. Quien se presenta con la pretensión de actuar de una forma históricamente responsable pero tan sólo ofrece retórica hace el ridículo —para siempre—. O bien la izquierda se revitaliza como *fuerza europea* o será expulsada de la escena con dignos elogios por los servicios históricos prestados.

Los «antiguos» movimientos europeos fueron movimientos por la paz que estallaron en la miseria de las guerras europeas. Tras unos pocos años de tregua el entusiasmo respectivo se agotó en el conflicto entre intereses económicos. Sin embargo, en los años setenta del siglo XX el propio sistema económico perdió el freno. Los cimientos del «hogar europeo» se tornaron quebradizos. La alternativa actual no es otra que: come, perro, o muérete».

La nueva situación está caracterizada por una pérdida radical de poder por parte de los Estados individuales en la conducción de los procesos económicos. El cambio de un sistema fijo de cotización de divisas a uno flexible quebró el último vínculo sólido de unión entre los Estados industriales. Inmediatamente surgieron mercados financieros y crediticios transnacionales y extraterritoriales que hoy determinan ya el curso de la economía más fuertemente que ningún gobierno nacional. Los Estados han perdido su soberanía tributaria y con ello la posibilidad de una política nacional efectiva contra las crisis. La inseguridad del curso del cambio de divisas desalienta las inversiones para la producción en grandes masas. La izquierda denuncia el desempleo masivo, pero su vieja receta, el keynesianismo nacional, ya no es válida. ¿Entonces, qué hacer?

Simultáneamente, la independencia de la cultura europea se ve dramáticamente amenazada. Nuevos desarrollos técnicos (como los satélites, la digitalización, la computerización de los trámites, el cable de fibra de vidrio, etc.) van a hacer posible una aceleración, una multiplicación y una internacionalización de las comunicaciones hasta ahora impensables. Ha comenzado una gran lucha por el poder sobre la infraestructura técnica así como sobre los programas. En un frente luchan los viejos gigantes de la electrónica, en el otro, los nuevos *condottieri* del capitalismo de los «mass media»: Murdoch y Kirch, Maxwell y Berlusconi. Lo que nos amenaza es una parcial expropiación plenamente legal del espacio público europeo. ¿Dónde puede situarse la izquierda en este contexto?

El diablo sabrá por donde se anda. Mientras la izquierda inglesa

sueño con las viejas luchas de clase, la francesa llegue a un arreglo con un gaullismo modernizado, la alemana se enfrente tímidamente de nuevo con el sistema del poder político, el espíritu de ganancia y el nuevo individualismo, y todos en conjunto temen el riesgo (y el compromiso) de un proyecto común, esta cuestión permanecerá sin respuesta.

Pero una cosa es segura: la izquierda europea debe realizar un esfuerzo supremo o sucumbirá.

Gramsci fue condenado por un tribunal especial en Roma el 4 de Junio de 1928 a veinte años, cuatro meses y cinco días de prisión. A su escoliosis, que le había marcado profundamente desde su más temprana juventud, se le añadieron en prisión una tuberculosis pulmonar y la arterioesclerosis. Nueve años escasos después de su condena fue liberado tras largas presiones del embajador soviético, del Vaticano y de numerosos intelectuales europeos, como Romain Rolland. Pocos días después moría, a los 46 años, de un derrame cerebral.

En la lectura de su sentencia condenatoria, Michele Negro, presidente del tribunal especial, había proferido la siguiente frase: «Nos cuidaremos de que este cerebro deje de pensar durante veinte años». No lo lograron, pero sí lograron impedir durante décadas que sus pensamientos circularan. Hoy eso ha terminado. Es bueno que así sea.

---

(\*) Movimiento artístico y literario fechado entre 1920 y 1930 dirigido a desarrollar una cultura proletaria de masas mediante la renuncia a las formas artísticas tradicionales. Abreviatura del ruso «proletarskaja kultura» (N. del T.).

(\*\*) Con esta expresión se alude a la idea, extendida actualmente en Alemania, de que el gobierno conservador de la CDU desarrolla una política que favorece sistemáticamente a dos tercios de la población mientras que discrimina en igual medida al tercio restante (N. del T.).